

Ciro Bayo y Segurolo (1859-1939)

El más hispanoamericano de nuestros escritores

Pertenece a esa categoría de grandes escritores que, por unas u otras causas, ilógicas generalmente, no son reconocidos tal y como se merecen en vida y luego son olvidados a su muerte. Son cosas de la injusticia literaria, siempre más injusta que la social. Sin embargo, el escritor bohemio y peregrino, como le gustaba llamarse, el viajero incansable y curioso, **Ciro Bayo y Segurolo**, dejó al morir, en 1939, una obra irregular, cuajada de libros de encargo para sobrevivir, pero llena de fantasía y encanto de curiosas novelas radicadas en tierras lejanas y de libros de viajes, en lo que debemos considerarlo un auténtico maestro y precursor. Con una prosa rica y castiza, recorrida por un innegable talento literario. Talento literario que ha hecho posible que, a pesar de su ausencia en los manuales al uso, muchos escritores y críticos de curiosa y varia erudición, nos hayan recordado su altiva figura y su obra literaria como merecedoras de mejor suerte.

Si comparamos su vida errabunda y viajera, su concepción de la vida como aventura y viaje, y el sedentarismo de sus coetáneos, la generación del 98, no podemos menos de admirar su visión de la literatura de la lengua como un claro antecedente. Sintió a la América española como otra patria y muchas de sus mejores obras están dedicadas a esas naciones hermanas, cuyas pampas y parameras recorrió a pie o a caballo y estudió sus particulares lenguajes (*Vocabulario criollo-español-sudamericano*), sus manifestaciones líricas (*La poesía popular en América del Sur*), su historia (*Los Marañoses, Los caballeros de El Dorado*) y sus costumbres (*El peregrino en Indias*). A reseñar igualmente sus notas al *Martín Fierro*, plagadas de interesantes orientaciones sobre la diversidad del léxico y orientadas a la defensa del español frente a las pretensiones indigenistas. Podemos decir

que don Ciro Bayo se crece cuando hace campaña en favor del idioma común y en esto es también un claro antecedente de las más modernas corrientes léxicas hispanoamericanas.

Su relectura pone al descubierto muchas cosas. No fue Valle Inclán el que puso en prosa novelesca por primera vez a los dictadores de América. Fue Ciro Bayo, si bien con propósitos narrativos distintos, hasta el punto de que investigadores como Silverman, creen que la fuente del último capítulo de *Tirano Banderas* está en la novela de Bayo *Los Maraños*, cuyo protagonista es el mítico Lope de Aguirre.

Y aún hay más. Hoy, cuando importantes novelistas hispanoamericanos reivindican a los cronistas de Indias como fuente de la mayoría de sus producciones novelescas, acerca de la conquista de América, desconocen a su predecesor en el descubrimiento. Libros como los que el autor incluyó en el ciclo *Leyendas áureas del Nuevo Mundo*, como son *Los caballeros de El Dorado*, *Los Maraños* y *Los Césares de la Patagonia*, apasionantes de por sí, revelan su intento de actualizar y novelar aquellas singulares hazañas y el modo también singular que aquellos viejos cronistas tuvieron para contárnoslas. «Parece mentira —escribió— que entre los españoles no haya surgido quien, a lo Walter Scott, haya novelado los anales de la conquista indiana que tanto se prestan a los vuelos de la fantasía».

Su carácter burlón, así como su poco interés por estar *à la page*, han contribuido ahora y contribuyeron antes, a crear una imagen diluida de su actividad de escritor, a la que contribuyó él mismo. En la nota biográfica que escribió para la *Enciclopedia Espasa*, mezcló lo cierto con lo imaginario y entregó una fotografía de su padre, como si fuera la suya, quizá con la idea de que sus nietos literarios, es decir nosotros, no pudiéramos siquiera reconocerle.

Así las cosas, ni siquiera los datos de su nacimiento aparecen claros. Mientras Federico Sainz de Robles en su *Diccionario* da la improbable y disparatada fecha de 1850, el citado *Espasa* lo data, quizá con exactitud, el 16 de abril de 1859. La misma fecha aporta el *Diccionario de Literatura de la Revista de Occidente*. Don Pío Baroja, que le conoció de joven y que ha dejado de nuestro escritor un retrato, parcial como todos los suyos, pero lleno de interés, cuenta que le oyó decir con orgullo que era hijo natural del banquero Adolfo Bayo y, por lo tanto, hermanastro del bajo Perelló de Segurola. Y añade: «Se consideraba más Segurola que Bayo. Los Segurola eran de Pasajes, en Guipúzcoa, y los Bayo creo que de Yepes, en la provincia de Toledo».

Don Joaquín de Entrambasaguas que le conoció y le recuerda ya anciano, «espigado, erguido; su rostro moreno, curtido por sus andanzas, y sus cabellos, no muy abundantes, pero rizados y revueltos; sus ojos de corte

achinado; su nariz pequeña; su boca grande y de labios finos y descoloridos...»; don Joaquín de Entrambasaguas, decimos, en las páginas introductorias a su edición de *El peregrino entretenido*¹, en 1962, afirma que fue hijo legítimo de don Vicente Bayo y de doña Ramona Segurola, matrimonio que, al parecer, tuvo otro hijo que vivió desde pequeño en América.

Estudió el bachillerato en las Escuelas Pías de Mataró y muerto su padre, su madre contrajo nuevas nupcias y se llevó al futuro escritor a vivir a Valencia. Como sucede siempre, el propio Ciro Bayo ha dado dos versiones de su vida infantil en la capital mediterránea. Ninguna de las dos exactas, si bien ambas están completadas con sucesos verdaderos. En la *Enciclopedia Espasa* cuenta que se fue a La Habana con unos cómicos y que, una vez disuelta la compañía por causa del vómito, él quedó en las Antillas, regresando luego a Barcelona.

Su segunda versión, más poética, nos la cuenta en su libro *Con Dorregaray*. Ingresó en el colegio de cadetes del general carlista Dorregaray y tomó parte en la segunda guerra civil y fue detenido por las tropas alfonsinas. Liberado por su juventud, trasladó sus estudios a Barcelona, donde aparece matriculado en medicina en 1875. En 1876, parece que realizó su primera escapada a Cuba. Allí desempeñó varios empleos y ganó un concurso literario convocado por el Ayuntamiento de Matanzas con *Epitalamio a las bodas de don Alfonso XII con doña María de las Mercedes* y empleó el dinero del premio para volver a España.

De 1878 a 1883 estudió Ciro Bayo como alumno oficial la carrera de leyes, al parecer con buenas notas. En septiembre de 1883 trasladaba su expediente académico a la Universidad central madrileña. Durante su estancia barcelonesa y con motivo de la celebración en toda España del segundo centenario de la muerte de Calderón, obtuvo su segundo premio literario por *Examen del drama sacramental "La vida es sueño"* tema del certamen universitario.

Cierto es, pues, que Ciro Bayo debió llegar a la ciudad donde había nacido hacia 1884. Desconocemos si tuvo algún empleo. El mismo ha contado en el *Lazarillo español* que tenía alguna renta de una pequeña casa en Barcelona. Estos años madrileños deben ser los que retrata en su libro, a la vez que la fiebre de aventuras y tierras se hizo una vez más patente. Viajó por Europa y estudió francés e inglés, que llegó a dominar a la perfección, y en 1889 salió de Barcelona rumbo a la Argentina. Era éste su segundo viaje a ultramar.

En *Por la América desconocida*, escribe: «Cuando mi primera llegada a Buenos Aires (1889) solicité y obtuve de la Dirección General de Escuelas de la provincia una escuela de campo o rural, como allí se llama, cabiéndome en suerte una en Bragado, instalándome en terrenos del estanciero Medina.

¹ «El peregrino entretenido». Tomo IV de «Las mejores novelas contemporáneas», Madrid, 1959.

Mi escuela gauchesca estaba en despoblado; allí enseñaba yo a hacer palotes y silabear a los hijos de los gauchos, y éstos me enseñaban a su vez a ser jinete de la pampa y gustar la soledad e independencia del desierto».

Un año estuvo *Ciro Bayo* en *Bragado*. Se trasladó después a la campaña de *Tapalqué*. Allí vivió otros dos, durmiendo en pilchos en el puro suelo y allí comenzó a recoger los preciosos elementos de romances, leyendas, costumbres y sobre todo vocabulario, que amplió en otras regiones sudamericanas y que publicó en *Revue Hispanique*, que dirigía el gran hispanista *Foulché Delbosc*, así como en la madrileña y prestigiosa *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.

Sin embargo, sus ansias aventureras le llevaron lejos de la pampa argentina.

«El año 1892 fue notable por celebrarse el centenario del descubrimiento de América y por la Exposición de Chicago».

«A la sazón llevaba yo tres años de residencia en la pampa de Buenos Aires, desempeñando el cargo de maestro de escuela en un rancho de *Tapalqué*, a seis leguas de este pueblo; lo que equivale a decir que contribuía al progreso de la Argentina desasnando hijos de gauchos».

«En este tiempo, de grato recuerdo, aprendí la vida y costumbres de esta gente viviendo con ellos y como ellos, y me empapé en Geografía, Historia y Literatura americanas, que yo creía saber por lo que se aprende en España, y luego resultó que yo estaba a la cuarta pregunta».

«Como es consiguiente, disfruté de tres vacaciones escolares (que allí son en diciembre y enero), yendo en las primeras a ver la piedra movediza del *Tandil*; en las segundas a *Asunción del Paraguay*, y dedicando las últimas a entrenarme, como se dice en jerigonza deportiva; a ensayarme, como decimos en castellano, con marchas de resistencia a caballo para un magno proyecto que maduraba».

«El cual consistía nada menos que en una expedición ecuestre a *Chicago*. Dicho y hecho: renuncié a mi escuela, despedíme de los gauchos, que no contentos con obsequiarme con un asado de cuero, me acompañaron en cabalgata hasta los límites del pago, y pian pianito, eché a andar a caballo a través de la pampa», y siguiendo la ruta de *Concolocorvo*, hasta llegar a *Córdoba*.

«La prensa de esta ciudad dióme el gran bombo anunciando mi odisea a *Chicago*, y yo, muy satisfecho, seguí hacia *Tucumán*. Aquí, para reponer la bolsa y mudar de caballo, pues mi pampa no servía para andar por tierra pedregosa, recurrí a la benemérita enseñanza, que, cuando no se tienen pretensiones lucrativas, es el medio más eficaz y descansado de correr tierras de América».

«En *Tucumán*, pues, entré de profesor en un colegio que dirigía aquel *Bernardo Rodríguez Serra*², que luego han conocido muchos en Madrid como

² Editor puntero en el *Madrid de principios de siglo*. Aparte de obras de *Ciro Bayo*, editó *Silvestre Paradox*, *Camino de perfección e Idilios vascos*, de *Pío Baroja*. También tres ensayos de *Unamuno* y el drama *Ceniza de Valle-Inclán*. Se asoció luego con *Bailly-Baillière* y a poco murió.

editor de arrestos, muerto, por desgracia, en la flor de su edad. Escribí además en *El Orden*, diario tucumano, cuyo redactor-jefe era a la sazón Luis Ruiz de Velasco, antiguo secretario de la compañía Guerrero-Mendoza».

«Íbame bien en la hermosa Tucumán; pero no me dejaba el hormiguillo de Chicago, volví a montar a caballo y tomé el camino de Bolivia —vía Jujuy—, sin hacer caso del ferrocarril, que entonces sólo llegaba hasta esta última ciudad. Pasé a la puna, seguí a Potosí y arribé a Chuquisaca o Sucre, siempre acompañado del imprescindible bombito: «Viajero a caballo a la Exposición de Chicago».

«Y a Chicago hubiera ido, ¡ya lo creo!, si no es porque en Sucre me hicieron tan buena acogida que no tuve más remedio que quedarme. Tuve la fortuna de hacerme amigo de don Carlos Arce, hijo del ex presidente Arce, y bajo sus auspicios fundé un colegio infantil de varones, en el que aprendieron las primeras letras los hijos de las principales familias de Chuquisaca. Esto, como es natural, me valió buenas amistades y relaciones. Pero como no puedo echar raíces en ninguna parte, dejé el colegio para hacer una excursión a Chile. Al regreso pedí y obtuve del presidente Alonso un destino para el lejano Beni, pues en Bolivia, a lo menos en mi tiempo, no había que cambiar de nacionalidad para desempeñar un cargo oficial».

«Bien es verdad que el mío era lo menos político posible, pues más que cargo fue encargo: el de establecer escuelas gubernativas en Valla y Riberalta, los dos centros gomeros más importantes del Noroeste, adonde llegué en 1897, y por lo cual dije antes que hubiera llegado a Chicago de haberme empeñado en ello, pues el que hace este viaje por el Oriente boliviano bien puede decir que irá hasta los antípodas».

«Pero los hombres se improvisan en América. De inspector de enseñanza me transformé en empleado gomero de la barraca San Pablo, del Madre de Dios. Durante tres años hice vida nómada por el territorio del Acre; remonté y baje varias veces los caudalosos Beni y Madre de Dios, en una de cuyas subidas ví los Andes peruanos, y aun me corrí hasta Manaos por el Madera y a Trinidad de Mojos por el Mamoré».

Resumen: ocho años de incesantes correrías, de los cuales cinco en la altiplanicie andina, «la de las montañas de plata», y tres en la Mesopotamia boliviana, «la de los ríos de oro».

Por estas apasionadas confidencias, sabemos que el peregrino escritor don Ciro Bayo y Seguro tuvo contactos con tribus poco civilizadas; cazó animales salvajes; hizo de maestro y explorador, de catedrático, de gomero traficante y hasta de taquígrafo sin saber nada de taquigrafía. Y hasta parece que llegó a comer carne humana, a la que, con sorna e ironía, encontró «un leve gusto a cerdo».